

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, 6 en letras de fácil cobro.—Corresponsales
París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos
Capital social: 12.000.000 de pesetas
efectivas, completamente desembolsado
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
46 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS SOBRE LA VIDA.—SEGUROS CONTRA INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabonerías 23 y 25 pr

Nuevo régimen en Portugal

Tal es el asunto de actualidad mundial.

El movimiento revolucionario de Lisboa ha sido secundado por varias poblaciones importantes de Portugal y según todas las informaciones de la prensa ha sido proclamada la República en el hasta hoy Reino vecino.

Hasta la hora en que escribimos estas líneas y según declaraba ayer el Sr. Canalejas en el Congreso, nada saben los gobiernos oficialmente del nuevo régimen que impera en la nación Lusitana pues la lucha aun está entablada lo que hace creer que si el movimiento revolucionario contaba con la marina parte del ejército y una numerosa masa del pueblo no es menos cierto que a la causa de los Branzas le quedan partidarios y defensores y prueba de ello es que continúa la lucha cuyo final no conocemos fijamente, aunque sinceramente creamos que ha llegado el término del reinado de D. Manuel, ese joven y desgraciado rey que subió al trono salpicado con la sangre de su padre y hermano y que de él parece bajar viendo correr la sangre de sus súbditos: ¡Triste destino el de este príncipe que tan joven ha sido principal actor de tan trágico suceso.

¡Cuán lejos estaría de su pensamiento que aquellos barcos de su escuadra, cuando hace cuatro

días le tributaban honores al cañón a su paso por el Tajo para visitar el acorazado brasileño «San Pablo», antes de cuarenta y ocho horas habían de volver sus cañones hacia el Palacio Real y en contra de su real persona! No concebirá su corazón de niño esa deslealtad de sus marinos siendo él, tal vez el menos culpable de lo que le ocurre pues triste fué la herencia que le legaron.

Nosotros, respetuosos con los ideales de cada pueblo, sólo deseamos, que sea el que fuere el régimen que haya de imperar en Portugal, le sirvan para su engrandecimiento y conclusión del estado de cosas a que unos y otros trajeron a ese país vecino y amigo.

UNA COMISION

Madrid 7-9 m.
Ha salido para Barcelona una comisión del Centro de estudios sociales que entenderá como árbitros en la solución de la huelga de los obreros metalúrgicos, en vista de haber sido aceptada por la mayoría de éstos la intervención del mencionado alto Cuerpo.

Respetable público

El Dr. Veritas da hoy fin a su misión: ha cumplido lo que ofreció y la primera parte de su «Historia larga... pero pesada» se ha publicado íntegra, a pesar de los pesares y de haberse puesto en juego toda clase de procedimientos para que no la siguiese publicando.

Un editor yankee Mister Jonjana,

ofreció al Dr. Veritas tres dollars y dos perros chios por líneas; este ofrecimiento seductor, fué rechazado cortésmente por el Dr. Veritas, que no quería privar a Cartagena de la cantidad de adormideras y beleño que destilaban sus interminables artículos.

En vista de que ese procedimiento no daba resultados, formaron sus enemigos una Sociedad para combatir «El bétum club» y de palabra y por escrito se dedicaron a demostrar, que la Historia era larga... pero pesada; cosa que ya el mismo Dr. Veritas había advertido y el público notó desde el primer capítulo de tan verídica Historia.

Utilizaron el anonimato y pusieron como un trapo al buen Dr. Veritas, que no se había metido con nadie y que no contaba un cuento de «Las mil y pico de... latas». Le dijeron anónimamente sesenta mil perrerías y llegaron al colmo de la barbaridad diciéndole que era amigo de sus enemigos. ¡Tres veces herido fueron los esfuerzos que tuvo que hacer el Dr. Veritas para dominar su indignación!

Pero por fin acertaron con el procedimiento y han inutilizado para siempre al que nos adormecía con sus inocentes cuentos: ¡Pobre Dr. Veritas!; derramemos un suspiro de consuelo sobre su tumba de periodista!

Nuestros lectores no saben que el Dr. Veritas, era doctor en Farmacia; pues si, era como Constantino Cebollista, y como él, recién llegado a esta localidad; y por meteros en camisa de once zurdos, ha sufrido disgustos y al fin ha visto tronchadas en flor sus ilusiones y gracias a que ha escapado con el pellejo.

Sus enemigos, habiéndole a todos los que podían influir cerca de él (hasta un farmacéutico rural medió en el asunto); acordaron que el Dr. Veritas debía dedicarse a su profesión humanitaria y que se amputase la idea de escribir para el público. ¡Pero hablaban mal de él! No; sus enemigos son nobles y con nobleza y sin doblez aconsejaron la amputación.

Y el Dr. Veritas, fiel cumplidor de sus deberes, rompió treinta y siete capítulos que tenía escritos, no ya de historia de su pueblo, sino ¡pámenos nuestros lectores de «Historia contra el Bloque Cartagenero de las Izquierdas»! ¡Y todavía decía al que era el Prefacio de una Historia más larga y más pesada!

Con razón podríamos titular la retirada del Dr. Veritas:

!!!Otro éxito del Bloque!!!

Cumplimos afectuosos el encargo de despedir al Dr. Veritas de nuestros lectores: la pena le aboga y no puede hacerlo personalmente: dá las gracias a sus amigos, perdona a sus enemigos ¡noble corazón! y se retira a su botica, a despachar de todo, menos pastillas... ¡que las anuncie el Tato).

Nosotros aseguramos a nuestros lectores, que no volverá a escribir más el Dr. Veritas; ¡pobre amigo nuestro!

EL ECO DE CARTAGENA
se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente a la Presidencia del Consejo de Ministros.

MOSTACILLA

Ya se han celebrado todos los aplausos contra el gobierno; se ha hecho el ridículo en unos y en otros ha habido excesos como pedradas y gritos de «¡atacazo y tanto iluso». ¿Y qué es lo que han conseguido los protestantes con esto? ¿Cumplir sus aspiraciones de derribar al Gobierno? ¿Quitar la ley del candado que tan mala es para ellos?... Nada, divertirse un rato y calentarse el pellejo!

En la villa del Oso y el Madroño, de entusiasmo y de fe loca la gente, ha pasado en hombros a un torero como no ha pasado a ningún héroe. El pueblo que por esto se entusiasma vé impasible, tranquilo, indiferente que el trabajo escasee y que el pan se encarece. Ya el pan se le preocupa en absoluto; con tal que le dé toros, está alegre... No es éste ya un país de «pan y toros»; es un país de «toros» solamente!

Piccolo

DE SOCIEDAD

—Nuestro querido amigo el contador de navío de primera D. Emilio Bienes ha sido pasaporte para Alhama a donde marchará mañana para tomar aquellas aguas.

Le deseamos un buen viaje.

—Ha regresado a esta el comandante de ingenieros de la comandancia de esta plaza nuestro querido amigo Sr. Recacho.

—Ha salido para la Corte nuestro querido amigo y paisano el joven letrado de este colegio D. Angel Aznar y Pedreño.

Le deseamos un feliz viaje.

Cosas de mi pueblo

Historia larga... pero pesada

Competencias profesionales

— CAPITULO XVI —

Al tren.—En la Corte.—Carta íntima.—Fin

¡Señores viajeros, al tren! este grito oído tantas veces con indiferencia, nos llevó aquel día de melancólica pesadumbre y nos vimos embargados (no era la primera vez) por emoción intensa que casi hizo asomar las lágrimas a nuestros ojos. Y no era la cosa para menos; se iba nuestro bien amado, nuestro legítimo Representante, nuestro D. Gracia Varzo. También se iba el Representante falsificado, don Josué; pero de éste no nos acordábamos, como no fuere para excofrarlo, maldiciéndolo y desear que descarrilase la parte de tren que él ocupaba.

¡Y qué contrastes! D. Josué iba en un vagón de tercera y hacía el viaje gracias a la munificencia de algunos amigos y a la esplendidez de los contrarios ¡generosos corazones! que le habían comprado un billete de los baratos, por ser la época de los festejos populares en la Corte; y así iba a recoger fondos para atender a su eterno vicio, ¡la compra de periódicos! así como unos tienen la monomanía de las grandezas y otros padecen la manía persecutoria, D. Josué tenía la de comprar periódicos; siempre quería tener cinco o seis suyos exclusivamente, como si fuesen dedos de sus manos, y ese gasto de cinco o seis parrillas diarias no podía sufragarlo después de los dispendios de reales y chorizos que hizo en el pueblo para asegurar su representación.

En cambio don Gracia Varzo iba en un coche-salón y al tren hubo que añadirle varias unidades, y varias centenas de amigos lo acompañaron hasta la Corte, para que hiciera su entrada triunfal, como Representante de pueblo alguno la había hecho.

Silbó el tren y todos a una gritamos conmovidos: ¡Viva don Gracia Varzo!

Y salió el tren y exclamamos:

¡Allá vá la nave,

¡Quién sabe dónde vá!

Y llegó a la Corte D. Gracia Varzo y con él los 514 amigos que lo acompañaron; entraron todos cogidos de la mano; al principio los tomaron por los de Calatrua, pero cuando se enteraron de lo que eran y a lo que iban, todos se descubrieron y saludaron con pánico asombroso.

Y desde el mismo día de su llegada empezó a trabajar por nuestra felicidad y no hizo como los otros Representantes que no se acordaban de nosotros; puso los primeros lajones para conseguir más tarde, como lo

conseguir, lo que tanto ambicionábamos, la traslación de una lotería que nos estropeaba el ornato el cambio superior de la dirección de industrias y hasta intentó meter en la Carcel a un amigo. ¡Eso es trabajar!

Y nuestro pueblo, huérfano de su tutela, estaba en ascuas; en la casa de Toca ne-Roque, se tocaba a rebato a cada momento; el Alcantarilado ¡ah! ¡ah! llegaba a su período aligido, los ánimos encrespados a su máxima tensión y empezaron los *corps ó corps* entre zurdistas y ex-zocatistas.

Pero mejor que yo pondrá al corriente a mis lectores, una carta escrita en aquella fecha y que una señora forastera en mi pueblo, dirigió en italiano al joven Representante. No violó el secreto de la correspondencia; debidamente autorizado la publico, conservando su especial ortografía.

Dice así:

Mio caro fanchiulo:

Al recepere la tua lettera, il mio cuore ha palpitato d'emozione, d'asombro, d'imponderabile alecria! ¡Le Deputato per la Aljorra! posi il membreti; ¡que honore per la familia zurdista! poquis é ma! ave-nutos, ma tuti sono tuos; las donas con suos encantis, les fanchiulos con saos arrestis (ambitionatis per los de enfrenti); tuti sono primos tuos é nostra admiratione é nostro amore sono manifestatione del tuo valimento.

Io f'amo, per il tuo fisico garibaldino, encantadore, masculini; per il tuo químico (ó psíquico non sabato dire), complexi, mareanti, absorventi; per la tua parola vibranti, sonora, aplastanti; per la tua pupila, que ha distinguto a vera distanza la arribata d'questa poblacione de una enormi cantitá de tortis, mamporris é otros argumentis contundentis, (que questa matina han empezado a repartire.) ¡Poverino zurdistino! Le Deputato exomulgato per D. Danilo, ha descargato en la sua camola, un

Poco tiempo antes había pedido la mano de Aurora, y ésta se la había negado rotundamente, lo mismo que a las dos docenas de pretendientes que habían precedido al infortunado Stockman.

Así es que William Boltyn empleó cierta entonación burlesca al designar al hijo de Stockman, que se hallaba en medio de un grupo de señoritas ataviadas con grandes pretensiones.

—¿Te burlas de mí?—respondió la joven—. No, volvamos a casa.

Y, sin esperar respuesta, partió al galope dejando atrás a su padre que, apaciblemente, había echado su caballo al trote y la seguía desde lejos.

Acostumbrado a estos movimientos impetuosos de su hija, esperaba que, una vez pasado el mal humor, dejaría, como de costumbre, que se le incorporase su padre.

Pero esta vez no sucedió así, y llegó después que ella al hotel de la Séptima Avenida.

Mientras que por medio del ascensor eléctrico subía su caballo a la caballeriza, situada en el segundo piso, dirigióse William Boltyn a su despacho.

Encontró allí a la joven, vestida aún con su traje de amazona y sumida al parecer, en la lectura del *New York Herald*.

—Está muy bien, hija mía, que me lleves, bajo

me puedes ocultar ni el menor de tus pensamientos.

—Pues bien, aun cuando eso fuera, eso probaría sencillamente que pienso como tú. Te regocijas con la idea de que los europeos lean en el *New York Herald* la revista encomiástica de nuestra fiesta. Yo me contestaba con que asistiese a ella uno de esos europeos.

—¡Qué sutil eres!—exclamó el millonario sonriendo—. Pero ya sabes lo que soy tanto como tú cuando me tomo el trabajo de quererte.

Durante algunos minutos se callaron ambos.

El reloj eléctrico dió las diez.

Boltyn rechazó su sillón y hojeó algunos papeles que había en su despacho.

Después volvió a sentarse.

—Podríamos continuar hablando de esta manera—dijo—sin adelantar absolutamente nada. No es así como se tratan prácticamente los negocios... Escúchame—repuso—. Ya sabes muy bien cuál es mi situación comercial y financiera, y conoces también, porque no te oculto nada, la coalición audaz a cuyo frente me ha colocado. Pronto hará dos años que se fundó nuestra sociedad de millonarios yanquis. Con ayuda del ingeniero Hattison hemos creado los dos arsenales más formidables del mundo entero: Méreay's Park y Sky Town. Nadie lo conoce aún, porque supongo que nues-

de Chicago, y del suntuoso hotel de la Séptima Avenida, podía estar orgulloso de su hija.

Sin tener esa armonía y regularidad de líneas de las estatuas antiguas, miss Aurora estaba sin embargo, muy hermosa, en aquel momento en que la frescura de la mañana sonrojaba sus mejillas y en que la brisa hacía ondular sus hermosos cabellos dorados que, por capricho, llevaba sueltos.

Hasta la dureza de su boca enérgica y los ángulos de su barba, un tanto abultada, que contrastaban con la limpidez de sus ojos, comunicaban a su belleza algo de salvaje é inquietante, sobre todo cuando, bajo la influencia de un sentimiento interior, sus pupilas parecían metálicas y su mirada implacable.

Muy al corriente de los negocios, aficionada a todos los deportes y a la lectura, yanqui de corazón, como su padre, Aurora no tenía ninguna de las ignorancias y timideces de la doncella francesa.

Sabía muy bien arreglarse sola en todas las ocasiones, y sólo pedía a su padre que pagase lo que ella había encargado. William Boltyn, que sabía que era demasiado orgullosa para aceptar consejos, no se tomaba el trabajo de dárselos.

A decir verdad, era el ídolo del millonario. Su monstruoso egoísmo de capitalista y su rapidez de